

Annette Paatz

La novela en Argentina y Chile como contradiscurso (post)colonial

1.

Si partimos de un concepto amplio de lo postcolonial en el sentido de “toda cultura afectada por el proceso imperial, a partir del momento de la colonización hasta el día de hoy” (Ashcroft et al. citado en Nünning 1998: 437, trad. A. P.), la literatura latinoamericana del siglo XIX pertenece sin duda a este registro. Dado el momento histórico de las independencias latinoamericanas en la primera mitad del siglo XIX, resalta en primer lugar la preponderancia del discurso de la nación, que ha sido destacado como uno de los rasgos característicos del mundo postcolonial (Brennan 1995: 170). El género de la novela, a su vez, se ha relacionado repetidamente con este paradigma, con el llamado proceso “fundacional” y con la necesidad de formar “comunidades imaginadas” (Anderson 1983; Brennan 1995; Sommer 1991). De hecho, la creación cultural decimonónica demuestra un sinnúmero de afirmaciones programáticas acerca de la necesidad de establecer una “novela nacional”. Uno de los ejemplos más conocidos es el discurso de Alberto Blest Gana en su incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 1861, en el que defiende la novela como el género más apropiado para la formación de una literatura específicamente chilena. Sostiene que “consultado el espíritu de la época, y la marcha de la Literatura europea durante los últimos treinta años, la novela que está llamada a conservar por mucho tiempo la palma de la supremacía es la de costumbres”, y pronuncia su confianza en que “este género literario puede adquirir entre nosotros un carácter verdaderamente nacional” (Blest Gana 1977: 122-23).

En la novela de tema contemporáneo, la “costumbrista” o la “realista”, se forman imaginarios colectivos, se desvelan mentalidades, vivencias, valores. Tiene, de esta manera, una marcada dimensión social, y puede llegar a ser un lugar donde reflexionar acerca de todo tipo de experiencias, incluida la postcolonial. Por otro lado, el para-

digma nacionalista también incluye la necesidad de una literatura “nacional” como uno de los requisitos indispensables para la afirmación como estado-nación independiente: de allí que este concepto pertenezca a la formación discursiva postcolonial del siglo XIX y que la llamada a producir una “literatura nacional” ha tenido una persistencia marcada en la historiografía literaria (que, a su vez, tiene su punto de partida en el siglo XIX). Hasta hoy en día, este paradigma de “literatura nacional” sigue repercutiendo ocasionalmente en la crítica sobre la literatura latinoamericana, y sobre todo en su enseñanza, todavía bastante centrada en los textos “canónicos”.

Ahora bien, últimamente se ha ampliado el panorama de investigaciones sobre el XIX hispanoamericano, acorde al ímpetu de contextualización inherente a los estudios culturales, y todas las posibilidades que estos brindan desde el cuestionamiento de las dicotomías preestablecidas, entre literatura “alta” y “popular”, por ejemplo. La perspectiva se ha ido alejando de las novelas fundacionales para dirigir la atención hacia la creación de públicos lectores, la diversificación del material textual y la dimensión mediática de la novela.

Por un lado, está claro que el peso discursivo de la novela “nacional” no tiene relación alguna con su verdadera presencia en los hogares decimonónicos, dado que el desarrollo de las artes gráficas en Hispanoamérica tuvo que partir prácticamente de cero. Hasta finales del siglo, las condiciones de producción y distribución, a pesar de la importancia atribuida a la prensa en la formación nacional, todavía no llegaban a una verdadera massmediatización. Estas circunstancias son contrarrestadas por un inmenso afán de consumo cultural en los primeros tiempos independientes. En los círculos republicanos, se leía y se comentaba lo que se podía conseguir – muchas veces, por lo tanto, eran textos europeos que llegaban traducidos en los folletines de los primeros periódicos. Hubo un fuerte apoyo material transatlántico, se traían libros traducidos o en su idioma original, y también tuvo bastante continuidad el *Correo de Ultramar*, periódico que se imprimía en París. Los consiguientes hábitos de lectura han tenido su peso en la construcción del sujeto republicano, tanto masculino como femenino. Las investigaciones de Susana Zanetti (2003) y de Graciela Batticuore (2005) nos acercan este ambiente cultural con mucho detalle. El enfoque se ha desplazado hacia la construcción de públicos lectores y la creación de la sensibilidad republicana, lo que también implica que se

amplíe el panorama, superando la reducción a la novela, y sobre todo la novela canonizada, hacia todo el campo discursivo de la prensa periódica y otras formas de distribución, p.ej. los almanaques, como lo hace el estudio de Juan Poblete (2003).

Ahora bien, estas nuevas y necesarias maneras de abordar el XIX hispanoamericano no debilitan la importancia atribuida a la novela en la cultura decimonónica. De allí que sí me parece importante volver a los textos, sumamente expresivos desde el punto de vista de las mentalidades criollas, e incluir también novelas que hasta ahora se han quedado fuera del canon novelístico hispanoamericano. Éste, para Chile, se centra en la producción de Alberto Blest Gana a partir de *Martín Rivas* (1862), y en el caso de Argentina, se posterga bastante más, hasta los años ochenta, fijando el punto de partida primordialmente en Eugenio Cambaceres. Anteriormente no hubo mucho, pero hubo algo. Son novelas hasta ahora muy escasamente discutidas y estéticamente muchas veces bastante deficitarias, pero que resultan interesantes en el contexto de la construcción de imaginarios colectivos. Precisamente estos primeros titubeos de la narrativa hispanoamericana enmarcados en tan fecundo ambiente literario como es el auge de la novela europea en estos momentos, brindan un campo para examinar la influencia de la hegemonía y la particular formación de ciudadanía cultural en los distintos ámbitos hispanoamericanos, sobre todo si no se parte de un concepto de dependencia, sino se tiene en cuenta la relación para con el desarrollo europeo, indagando en su transculturación. De este modo, la tímida eclosión del género en el subcontinente latinoamericano sirve de punto de partida para una serie de fenómenos apropiados a las condiciones regionales y que tienen un impacto cultural bastante considerable.

Con relación a la formación de un lectorado, no sorprende que el discurso se oriente destacadamente hacia la recepción, lo que implica una llevada y traída discusión acerca de la función educativa del género, sobre todo en vista de la integración de un público femenino. Este discurso se encuentra respaldado, a su vez, por las fuertes polémicas europeas acerca de la moralidad de la novela (que, aparte de su tradición centenaria, se ven reforzadas justamente hacia mediados del XIX por el éxito del folletín); de todas formas, la importancia atribuida a

este aspecto en Hispanoamérica se explica por la general confianza de los criollos liberales en los valores educativos de la literatura.¹

Tal convicción implica un determinado concepto de la producción literaria. La literatura está hecha para el pueblo (letrado y por ende reducido, pero, eso sí, creciendo cada vez más). Este pueblo tiene que entender los textos, de modo que hay que prescindir de un lenguaje excesivamente culto. Hay que entretener, o sea ofrecer historias que tengan suspense o que den la posibilidad de compartir los sentimientos de los personajes, de crear subjetividades. Tal funcionalización marca el camino hacia un tipo de literatura que prescinda de todo elitismo. La función del texto está por encima de su valor estético, nada más lejos de un concepto autónomo del arte. Desde este punto de vista, se justifica una vez más que se incluyan en la investigación de la novela hispanoamericana del siglo XIX precisamente algunos de estos textos “menores” que vale la pena desenterrar por su valor documental acerca de la integración del género en la práctica cultural cotidiana.

No hay que olvidar además que, con respecto a la condición post-colonial hispanoamericana, el asunto cobra un significado particular: frente a España, el simple hecho de escribir novela se presenta como acto contradiscursivo, puesto que tanto la producción como la importación de novelas estaban prohibidas durante el período colonial. Existe así un vacío que está por llenar, y los novelistas actúan en un ambiente cultural inundado por traducciones de novelas europeas. De este fondo se toma lo que se puede funcionalizar en el contexto propio. Esto, claro está, se refiere a la perspectiva de una élite criolla que se define a sí misma precisamente a través de la orientación europea y sobre todo la corriente del liberalismo romántico. Es interesante en este contexto que el discurso novelístico esté entrelazado en la mayoría de los casos con un compromiso cultural y político mucho más diversificado: no existen novelistas por oficio en este momento, sino que escriben diputados, diplomáticos, periodistas, hasta futuros presidentes de estado. A través de esta dedicación de parte de los estratos dirigentes, se deduce otra vez más que la novela se valora como un ingrediente básico del proyecto nacional. También está claro que la

1 Graciela Batticuore analiza por ejemplo la actividad periodística con respecto a la educación de las mujeres y la formación de un lectorado femenino por parte de Domingo Faustino Sarmiento en el periódico *El Progreso* durante su exilio chileno a lo largo de los años 40 (Batticuore 2005: 68-110).

hibridez del discurso novelístico hispanoamericano se efectúa con una relación bastante relajada respecto a la esfera hegemónica. No hace falta, pues, una contra-escritura ofensiva, tomando en cuenta que el antiguo colonizador no alcanza culturalmente el prestigio de Francia, Inglaterra o aún Italia en este momento.

En lo siguiente, se demostrará a través de dos ejemplos tomados de los ámbitos chileno y argentino cómo se adaptan los hábitos culturales franceses para contribuir al establecimiento de un espacio discursivo propio. Del contra-discurso colonial dirigido hacia España, de ponerse a escribir novelas porque antes no se debía, se puede observar en ambos ejemplos un paso hacia lo que Helen Tiffin ha llamado “canonical counter-discourse” (Tiffin 1995: 97), o sea la re-escritura de modelos hegemónicos (franceses) con el resultado de embocar en textos enfocados distintamente, hechos a la medida de las respectivas constelaciones regionales.

2.

El primer ejemplo es la novela *Los misterios de Santiago* del chileno José Antonio Torres. De Torres se sabe que en los años 60 bajo el régimen de José Joaquín Pérez fue redactor responsable del importante periódico *El Mercurio*. Se sabe además que anteriormente tuvo que pasar una época en el exilio peruano a causa de las medidas represivas del régimen de Montt durante la guerra civil a finales de los años 50. También es conocido que fue un ferviente anti-jesuita y que se oponía a las tendencias ultramontanas surgidas en Chile en los años 40. *Los misterios de Santiago*, su única novela, salió como libro en la prensa del *Mercurio* en 1858 y no se tiene noticia que también haya sido publicado como folletín. Esto sorprende en vista de la alusión que hace el título a la novela de folletín por antonomasia, *Les mystères de Paris* (1842/43) de Eugène Sue.

La novela de Sue fue un verdadero escándalo y un gran éxito en Francia: su publicación como folletín en *Le journal des débats* conllevó un inmenso auge de la tirada del periódico y llegó a ser el punto culminante de la euforia del folletín. A este incremento masivo del público lector, que equivale a la massmediatización del género novelesco, se une en Francia una polémica masiva en contra de lo que el crítico Sainte-Beuve había denunciado ya en 1839 como *littérature*

industrielle. Sin embargo, *Les mystères de Paris* corrieron mundo, hubo multitud de traducciones a lo largo de todo el siglo, y desde luego Torres retoma el título muy conscientemente. En una nota al lector explica:

Después de los *Misterios de Paris*, todo aquel que la echaba de escritor quiso hacer misterios, y hubo *Misterios de Londres*, *Misterios de Madrid*, *Misterios* de todas partes y hasta *Misterios de Valparaiso* hubo, que felizmente se quedaron en el misterio. Ahora me presento yo tambien con los *Misterios de Santiago*, y sin pretender atajar la crítica de nadie, diré simplemente; que habiéndome propuesto escribir obras de este jénero, he querido en mi primera presentarle al lector un cuadro estenso y variado de cuantas escenas he podido estudiar en la vida y que merezcan la pena de tenerlas en cuenta por la moral que enseñan, y que despues de pensar mucho y manosear algunos títulos, vine a decidirme por llamarla los *Misterios de Santiago*; y yo sé que por mui buena razon le viene mejor este nombre que ningun otro (Torres 1858: V).

Torres, por lo visto, quiere asegurarse del interés de un público con hábitos de lectura afrancesados, sirviéndole el título como garantía de que su texto se relacione con la novela folletinesca, cuyo consumo está arraigado en la práctica cotidiana. (Todo esto, en teoría, claro, porque se supone que este texto fue muy poco leído, y que su alcance se encuentra por lo tanto lejísimo de las condiciones de distribución del folletín francés.) ¿Pero en qué consisten los misterios a los que alude tan enigmáticamente el escritor?

En cuanto al tema, la historia se parece, pero no corre completamente paralela al argumento ramificado de la novela de Eugène Sue.² Se trata de personajes depravados y otros sumamente virtuosos, cuyos destinos y modos de vivir se pueden relacionar ocasionalmente con la realidad extraliteraria chilena. El argumento central gira alrededor del ascenso social; tema primordial en la novela de este siglo tan marcado por el cambio. Presenta a una mujer que intenta integrarse a la alta sociedad santiaguina por medio del matrimonio. Para llegar a este fin, necesita esconder su pasado poco honrado y deshacerse de un hijo ilegítimo. En sus hazañas malvadas cuenta con la ayuda de un cómplice completamente cínico y criminal. En comparación con la novela de Sue, la diferencia más destacada consiste en que Torres, aunque incluye una imagen relativamente completa de la sociedad chilena, mantie-

2 Véase para una comparación de las constelaciones de personajes Foresti/Löfquist/Foresti (1999: 344).

ne básicamente un ambiente social acomodado, ajustado a lo que estaban acostumbrados sus lectores, mientras que Sue, como es sabido, explora los bajos fondos parisinos.

El aspecto temático preponderante de la novela –y bastante desligado del argumento central– representa una polémica anticlerical y anti-jesuita que se desprende de las experiencias de la heroína positiva, cuyo nombre es Auristella. Se trata de una chica joven, huérfana, que a pesar de las peores circunstancias ha logrado mantener su virtud intacta. Su ingreso en un colegio de monjas da el pretexto para una diatriba abierta sobre las consecuencias nefastas de tales establecimientos con respecto a la educación de las mujeres:

Ya tenemos a Auristella encerrada en uno de esos colejos dirigidos por monjas mandadas ex-profeso de ultramar, para que entrañándose en el corazón de las sociedades sud-americanas, se apoderen del bello sexo desde sus mas tiernos años, lo eduquen en sus principios y formen sus costumbres y sentimientos (Torres 1858: 245).

Torres incluso llega a destruir la diégesis, incluyendo un “cuadro de costumbres” sobre la “[e]ducación e instrucción de la mujer” (Torres 1858: 246-250). Se trata de un artículo periodístico que comenta la readmisión de las órdenes religiosas en Chile. Considerando que Torres sitúa la acción de su novela en los años 40 del siglo XIX chileno, queda obvio el contexto de la “renovación católica” llevada a cabo sobre todo por el arzobispo ultramontano Valdivieso y la crítica de este desarrollo de parte de los jóvenes liberales como Torres o José Victorino Lastarria. Es un momento bastante conflictivo en la organización estatal chilena, en el que también las tendencias del socialismo utópico son estrictamente sancionadas. El incidente más conocido en este contexto es el escándalo que provocó el texto programático *Sociabilidad chilena* de Francisco Bilbao. En la novela de Torres leemos comentarios tan explícitos como el siguiente acerca de un colegio de monjas:

Todos esos establecimientos que prosperan en el misterio y cuyos manejos son impenetrables a la sociedad, deben proscribirlos los pueblos civilizados retirándoles su confianza.

La educación del bello sexo es la tarea más importante de las sociedades modernas, y para llevarla a cabo con feliz éxito, es necesario que desaparezcan esos obstáculos levantados en los tiempos de preocupacion y de ignorancia (Torres 1858: 252).

En función del momento en que se publica la novela, 1858, también hay que tener en cuenta que unos años antes, en 1854, se había llevado a cabo una disputa en el congreso acerca de la readmisión de la orden jesuita en Chile (Collier 2005: 254). Se ve que Torres tiene una idea bastante clara de los “misterios” de la sociedad santiaguina. Pero a través de estos contenidos anticlericales se revela también que la relación intertextual con los *Mystères* sobrepasa el simple préstamo del título: el francés y el chileno coinciden en su anti-jesuitismo, lo que, en el caso de Sue, se demuestra de forma mucho más pronunciada en su segundo éxito folletinesco, *Le juif errant* (1844/45). Esta novela, a su vez, está basada en el famoso trabajo *Les jésuites* (1843) de Edgar Quinet, sobradamente conocido en los círculos liberales chilenos. No hay duda de que *El judío errante* tuvo en el país austral una acogida parecida a la de los *Mystères de Paris*.³ Esta coincidencia nace directamente de las circunstancias chilenas: sin los efervescentes debates durante el gobierno de Montt, que finalmente llevaron a la fusión liberal-conservadora, seguramente el texto de Torres no existiría en esta forma.

Ahora bien, es muy dudoso que la novela haya llegado a tener un lectorado que sobrepase el estrecho círculo directamente relacionado con el autor. Me parece significativo que, a pesar de su adscripción programática al folletín, apareció en forma de libro en la imprenta del *Mercurio*, llevada por un librero amigo de Torres. En su tiempo debe haber sido un texto completamente opositor que nunca habría sido aceptado por el gobierno oficial. Cabe mencionar que la censura, en estos momentos, en Chile todavía existía.⁴ Como novela fundacional, pues, no sirve tanto, a pesar del referente chileno obviamente marcado en el título de los misterios de “Santiago”. Este hecho demuestra la necesidad de diferenciación: aún en un ámbito de construcción nacional tan estricto y “ordenado” por el que siempre se ha tomado el caso chileno, existen discrepancias inherentes a la élite.

3 *Le juif errant* tuvo un gran impacto en toda Latinoamérica. Véase p.ej. Jaramillo Uribe (1977).

4 Susana Zanetti señala que en Chile la censura se suprimió en 1878 (Zanetti 2003: 136). Para las vicisitudes de la lectura a lo largo del XIX véase el capítulo “Los difíciles marcos de circulación del impreso” en su libro *La dorada garra de la lectura* (Zanetti 2003: 132-138).

Lo que muy bien demuestra el texto de Torres es la estrategia del “disimulo” detectada por Aníbal González en la novela decimonónica hispanoamericana:

[...] encontramos [...] en las novelas hispanoamericanas del siglo XIX [...] una serie de argucias, de estrategias de ofensa y defensa, las cuales les permitían a los autores inscribir crípticamente sus perspectivas ideológicas detrás de una fachada en apariencia inofensiva. Esta estrategia de disimulo, este ir y venir entre dos discursos con fines fundamentalmente distintos (como los de la literatura y el periodismo), es uno de los elementos clave que contribuye al carácter profundamente corrosivo y auto-crítico de las principales novelas hispanoamericanas del siglo XIX (González 2006: 231).

La novela de Torres figura entonces como recipiente para su mensaje político y, sobre todo, presenta otra prueba de las relaciones estrechas entre periodismo y literatura que, según la tesis de González (1993), son el origen de la novela hispanoamericana. Esto, desde luego, se da siempre que el discurso oficial no coincide con las posiciones defendidas en los respectivos textos, lo que puede explicar el hecho de que muchos de los ejemplos de González sean tomados de la literatura antirrosista argentina. En el ejemplo de *Los misterios de Santiago* se demuestran los conflictos inherentes a la sociedad postcolonial chilena. De esta forma, la novela de Torres proporciona un escenario de rupturas en el discurso patriótico homogeneizador, demostrando desde su contemporaneidad que aún el “país modelo” de organización nacional, por el que siempre se tomó Chile, no fue exento de pronunciadas luchas internas.⁵

5 El diagnóstico corresponde a la posición historiográfica de Simon Collier: “La transición de Chile hacia la estabilidad republicana, sin embargo, estuvo mucho más llena de acontecimientos de lo que muchos textos de historia comúnmente sugieren, con una vida política durante la que podríamos denominar como ‘república temprana’ marcada por serios conflictos, al mismo tiempo que por un promisorio grado de continuidad institucional. La tradición política chilena fue forjada en torno a conflictivas y ocasionalmente sangrientas disputas entre el gobierno y sus adversarios liberales (posteriormente denominados liberal-conservadores) y no fue sino hasta comienzos de la década de 1860 que el orden (el ideal clave de los gobiernos del partido Conservador) y mayores libertades políticas (la principal demanda de sucesivas coaliciones opositoras) se reconciliaron para satisfacción de la mayoría de los políticos chilenos” (Collier 2005: 23).

3.

En el caso argentino, en cambio, la organización nacional resulta mucho más conflictiva. Durante el período del gobierno de Juan Manuel de Rosas que se prolongó hasta 1852, la élite liberal se encuentra prácticamente por completo en el exilio, de modo que también la mayor parte de la producción literaria se produce fuera del país. Así ocurre también con *Soledad*, una novela que se publicó primero en 1847 en el diario boliviano *La Época*, y un año más tarde en Valparaíso, Chile, donde el autor prosiguió su exilio. La novela fue escrita por Bartolomé Mitre, quien llegó a ser nada menos que un futuro presidente de la Argentina y uno de sus más destacados historiadores. De esta forma, da buena prueba de la importancia que le atribuían las élites criollas al género novelesco. Mitre, en su conocido prólogo a *Soledad*, no duda en afirmar:

Empezamos hoy á publicar, el Folletín de nuestro diario esta novela que hemos escrito en los ratos de ocio que permite la redaccion laboriosa de un diario, y que ofrecemos al público como el primer ensayo que hacemos en un género de literatura tan difícil como poco cultivado entre nosotros.

La América del Sud es la parte del mundo mas pobre de novelistas orijinales. Si tratasemos de investigar las causas de esta pobreza, diriamos que parece que la novela es la mas alta expresion de civilizacion de un pueblo, à (sic) semejanza de aquellos frutos que solo brotan cuando el arbol está en toda la plenitud de su desarrollo (Mitre 1928: [93]).

Aquí, el hincapié americanista (y no argentino) de Mitre se explica desde el hecho del exilio. Mitre fue redactor de *La Época* y muy íntimamente ligado a la clase dirigente boliviana alrededor del presidente liberal Ballivián. Así, resulta lógico el concepto inclusivo que adopta desde el exilio (aun cuando, en algunos detalles de su novela, cabe detectar alusiones escondidas a la situación específica de su país).

De hecho, se ha tomado a *Soledad* como punto de partida para la novela boliviana. En Argentina, no ha sido considerada digna para llenar este “tiempo vacío de la ficción” (Laera 2004), que se prolonga en el Río de la Plata hasta los años 80 del siglo XIX.

Posiblemente, este relativo menosprecio se deba en cierta medida al hecho de que *Soledad* es una reescritura de *Indiana* (1832), el primer éxito de la novelista francesa George Sand. Con su adscripción incondicional al romanticismo liberal e incluso presocialista, esta autora compagina perfectamente con el registro cultural de la *Joven Ar-*

gentina, este grupo de literatos eurocéntricos y opositores al régimen de Rosas integrado por Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, entre otros. Mitre toma de la novela francesa los personajes y algunos elementos claves de la trama, adaptando un patrón exitoso del momento. Para llenar este molde, sin embargo, se permite unos ajustes temáticos que corresponden a la situación específica de su contorno, tanto boliviano como argentino.

George Sand cuenta la historia de una joven procedente de la Isla de Borbón (La Réunion) casada con un hombre mucho mayor. Tenemos aquí, obviamente, otro tema predilecto de la novela sentimental romántica: el (o la amenaza de un) casamiento desigual y la subsiguiente desesperación de la joven heroína. Indiana es perseguida por un seductor donjuanesco, pero protegida (y querida) por su primo, cuya confianza siempre ha tenido. Después de la muerte de su marido, Indiana se va con este primo a las Antillas francesas, donde llevan una vida retirada y dedicada a la beneficencia.

En la novela de Mitre, se encuentra de igual manera un triángulo amoroso entre la heroína Soledad (igualmente casada con un hombre conservador, afiliado a la colonia y mucho más viejo), un joven libertino, descendiente de una familia sumamente conservadora, y su primo Enrique, querido fraternalmente desde la infancia. Pero, al final de la novela no se repite la retirada del pre-texto francés, sino que, al contrario, los protagonistas se integran plenamente en el proceso constructor del nuevo orden social. Soledad también se casa con su primo después de la muerte de su esposo. Pero los dos llegan a formar parte de la élite liberal americana, siendo él un militar de la independencia que luchó en Junín y Ayacucho. Soledad y su esposo representan el progreso republicano y liberal: el argumento se sitúa en 1826, año de la independencia boliviana, y el conflicto entre realistas y republicanos se concibe ante todo como un conflicto generacional. En total, el desenlace de *Soledad* es socialmente mucho más constructivo que el de *Indiana*, que (a parte de tomarse también como un cuadro de la sociedad francesa de la Restauración), ha sido leído sobre todo como una crítica a la institución del matrimonio, lo que obviamente no tenía cabida en el discurso modelador de costumbres hispanoamericano que precisaba de modelos sociales constructivos. Al contrario, Mitre concluye incluso con dos matrimonios: aparte de Soledad y Enrique, se casa también el joven que había intentado seducir a la heroína y trai-

cionado por este motivo a su novia. Al final, este personaje se convierte en un marido fiel y ejemplar.

También está claro que Mitre se centra en el ámbito reducido de la élite criolla: Soledad es una heroína “rubia y blanca” (Mitre 1928: 98), y aún en una región con un grado de población indígena tan alto como Bolivia, lo indígena se encuentra marginalizado. Se ha observado además que Mitre, en una postura idealizadora, pasa por alto los conflictos actuales del país, dando la imagen de Bolivia como una “nación homogénea, que no comprende ni puede comprender otro sistema que el representativo republicano” (Mitre 1928: 121; Unzueta 2006: 252). En un plano ulterior, este anhelo de unidad nacional también se puede relacionar con la situación contemporánea en el Río de la Plata, donde el régimen de Rosas, del que Mitre había huido, además se veía confrontado con un bloqueo marítimo prolongado de parte de Inglaterra y Francia.

Lo importante de la práctica cultural presente en *Soledad* consiste en el hecho de que un joven político, desde el exilio, escriba una novela y por lo tanto un texto destinado al entretenimiento, le atribuya al mismo tiempo un alto valor cultural, y lo publique como folletín en un periódico, cuyas finalidades políticas se ven subrayadas, como recientemente ha demostrado Fernando Unzueta, a través de algunas alusiones al libre comercio integradas en el texto (Unzueta 2006: 249-250). Evidentemente, Mitre retoma en esta novela, aunque situada en Bolivia, a su vez el debate contemporáneo sobre el proteccionismo económico y librecambismo capitalista, uno de los aspectos más discutidos en las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Se desprende de este fenómeno una actitud que combina lo público con lo privado, el entretenimiento con la instrucción, y que sabe aprovechar la práctica de la lectura para un concepto de ciudadanía cultural. Mitre, como sus compañeros en el compromiso antirrosista, se sirve aquí de un modelo francés, contradiscursivo con relación al pasado colonial, y, a su vez, al régimen vigente en su país que, por razones tanto culturales como económicas, tiene a Francia como enemigo. En estas circunstancias, el “canonical counter-discourse” se demuestra particularmente multidimensional, y la visión armonizadora explayada en la novela está directamente relacionada con una realidad histórica que lo es mucho menos.

4.

Concluyendo, se pueden destacar algunos determinantes básicos del discurso novelístico en el XIX del Cono Sur.

Tanto *Los misterios de Santiago* como *Soledad*, y muchos otros textos de la época, tienen en común una serie de estrategias y reivindicaciones sociales. En primer lugar, se inscriben en la línea del liberalismo romántico francés. Esto supone que la perspectiva adoptada va hacia el futuro: toda la esperanza de los textos se funda en la capacidad de la joven generación de entrar en la modernidad, deseada tanto por los personajes como por los creadores. De ahí también la importancia atribuida a la educación y a las letras. En ambos ejemplos presentados, todos los personajes positivos, masculinos y femeninos, se relacionan con la lectura, y no falta algún poeta.

Queda patente, en segundo lugar, la importancia del lugar discursivo de estos textos: si bien no son grandes logros estéticos, precisamente por su horizonte de recepción forman parte del discurso cultural decimonónico: escribir novelas es nada más que un pretexto para formar un público, una “comunidad imaginada”. Con respecto a la novela, el *mimikry* postcolonial (Bhabha) consiste en apropiarse de la novela como “institución europea” (Benítez-Rojo 1996), y asegurar de esta forma la constitución de un público republicano. Los dos ejemplos presentados demuestran muy bien en qué medida los autores encuentran su forma de incluir una perspectiva destacadamente transculturada. Es la dimensión mediática –pero todavía no la comercial– la que prevalece en este ímpetu constructivista: la novela no interesa sólo como género literario, sino por lo menos en igual medida como medio de comunicación. Este medio da lugar a la negociación del orden social y la materialización de la mentalidad postcolonial.

Resumiendo el tipo de postcolonialismo observable en estos textos y en la actitud de sus autores, diría que, dada la hegemonía cultural francesa, se debilita en cierta medida el grado de hostilidad dirigido al centro. Por otro lado, los autores practican el género a su vez desde una perspectiva hegemónica. En su totalidad forman parte de las élites portadoras del proceso social y, a pesar de todo proyecto de expandir y crear un lectorado, éste, aunque incluya más y más la población femenina, permanece reducido a los estratos sociales acomodados, criollos y mayoritariamente urbanos. La otredad para con Europa, para

los criollos decimonónicos, no se planteaba como problema. Fiel al concepto genético herderiano, se confiaba en la integración de los estados jóvenes en el “concierto de las naciones civilizadas”, para utilizar una metáfora emblemática de la época. El objetivo perseguido era la modernización, y bien sabemos que esta modernización tiene su precio. En este contexto, puede servir el concepto de Norbert Elias del proceso de civilización como proceso de disciplinamiento. Lo que me parece importante del planteamiento de Elias es que el concepto de civilización, desde la tradición francesa y al contrario del concepto de “cultura” alemán, es un sistema básicamente integrador, y por lo tanto extensible. Tiene su explicación histórica en el hecho de que en Francia los estratos burgueses se vieron incluidos en el proceso social, al contrario que en Alemania, donde la aristocracia lo seguía dominando de manera mucho más exclusiva (Elias 1997: 132), hecho que, a su vez, influyó en el modelo habermasiano de la esfera pública burguesa. De allí que la formación social hispanoamericana, que se llevaba a cabo con una pronunciada aversión hacia todo linaje nobilitario como acto de rechazo de la tradición colonial, llegara prácticamente a mitificar el lema de civilización. Tanto más cuanto que el concepto de “civilización”, tal como ha sido analizado por Elías, prescinde de un nacionalismo exclusivo, lo que supone para las recientes naciones latinoamericanas la oportunidad de integración (Elias 1997: 91). Bajo estas luces, queda obvio que la tan famosa dicotomía de “civilización y barbarie” que ha sido introducida en el discurso cultural latinoamericano por Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo* de 1845 y que repercutió tan tajantemente en la discusión acerca de la condición cultural latinoamericana, se presenta como un concepto sumamente relacional que en cada caso requiere una ubicación de los respectivos polos.

Resulta, por lo tanto, bastante obvio que aquí los actores no son subalternos ni mucho menos. Tanto en Chile como en Argentina, la realidad indígena (que no equivale a la barbarie de Sarmiento), por ejemplo, no se integra como valor positivo al proceso fundacional. Por lo menos en las novelas de tema contemporáneo casi no existe —al contrario claro de la ficción histórica que, a su vez, idealiza un pasado heroico completamente desligado de la situación presente y retoma otra vez más el modelo del *bon sauvage* del registro exotista europeo.

Las novelas decimonónicas hispanoamericanas, y entre ellas los dos ejemplos presentados en el presente ensayo, forman un espacio contradiscursivo pluridimensional. Concebidas a medida del desarrollo novelístico europeo, sólo se pueden entender con sus respectivas contextualizaciones en las circunstancias regionales específicas. De este modo, pueden revelar aspectos que en el discurso historiográfico se han ido callando (los conflictos internos chilenos en el caso de Torres) o, al contrario, sirven como proyecciones futuras de una organización nacional (todavía) no existente (Mitre). En cualquier caso, son producciones culturales que reflejan el dinamismo de la condición postcolonial hispanoamericana.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London/New York: Verso.
- Batticuore, Graciela (2005): *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- Benítez-Rojo, Antonio (1996): "The Nineteenth-Century Spanish American Novel". En: González Echeverría, Roberto/Pupo-Walker, Enrique (eds.): *Cambridge History of Latin American Literature*. Vol. 1. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 417-489.
- Blest Gana, Alberto (1977): "Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella. Discurso en su incorporación a la Facultad de Humanidades, leído en la sesión del 3 de enero de 1861". En: Promis, José (ed.): *Testimonios y documentos de la literatura chilena (1842-1975)*. Santiago de Chile: Nascimento, pp. 108-128.
- Brennan, Timothy (1995): "The National Longing for Form". En: Ashcroft, Bill/Griffiths, Gareth/Tiffin, Helen: *The Post-Colonial Studies Reader*. London: Routledge, pp. 170-175.
- Collier, Simon (2005): *Chile. La construcción de una república. 1830-1865. Política e ideas*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Elias, Norbert (1997): *Über den Prozeß der Zivilisation. Soziologische und psychogenetische Untersuchungen*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Foresti, Carlos/Löfquist, Eva/Foresti, Álvaro (1999): *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico. I: 1810-1859*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- González, Aníbal (1993): *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2006): "Periodismo y novela en Hispanoamérica: la ley del disimulo en Amalia de José Mármol y Tomochic de Heriberto Frías". En: *Revista Iberoamericana*, LXXII, 214, pp. 227-242.

- Jaramillo Uribe, Jaime (1977): "Influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX". En: Horl, Sabine/Navarro de Adriaenesens, José M./Schneider, Hans-Karl (eds.): *Homenaje a Rodolfo Grossmann. Festschrift zu seinem 85.Geburtstag*. Frankfurt am Main/Bern/Las Vegas: Peter Lang, pp. 13-33.
- Laera, Alejandra (2004): *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: FCE.
- Mitre, Bartolomé (1928): *Soledad*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad. (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura Argentina. Sección de Documentos. Serie 4^a – Novela. Tomo I, N° 4).
- Nünning, Ansgar (ed.) (1998): *Metzler Lexikon Literatur- und Kulturtheorie*. Stuttgart/Weimar: Metzler.
- Poblete, Juan (2003): *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Sommer, Doris (1991): *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Tiffin, Helen (1995): "Post-Colonial Literatures and Counter-Discourse". En: Ashcroft, Bill/Griffiths, Gareth/Tiffin, Helen: *The Post-Colonial Studies Reader*. London: Routledge, pp. 95-98.
- Torres, José Antonio (1858): *Los misterios de Santiago*. Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio de S. Tornero y Ca.
- Unzueta, Fernando (2006): "Soledad o el romance nacional como folletín: proyectos nacionales y relaciones intertextuales". En: *Revista Iberoamericana*, LXXII, 214, pp. 243-254.
- Zanetti, Susana (2003): *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.